


La devastación de dos huracanes es obvia por toda Honduras, agregando nueva miseria a la pobreza existente.



Todas las fotos son de las Hermanas de CCASA



DE LAS SOMBRA A LA LUZ: HONDURAS EN 2021

Por Carmen Manuela «Nelly» Del Cid

Después de los huracanes comienza la limpieza.



LA VIDA, NOS PONE UNA Y OTRA VEZ EN EL UMBRAL DE LA VIDA Y LA MUERTE COMO CONDICIÓN DE TRASCENDER LA BÚSQUEDA DEL SENTIDO DE LA EXISTENCIA.

Vivir en un país como Honduras puede producir la idea de estar inmersa en un infierno.

El año 2020 parece confirmar esta impresión, dadas la llegada del coronavirus y la cuarentena, seguidas de los dos huracanes Eta e Iota. Sumado a todo esto, la dictadura y sus actos de corrupción que han enlutado a miles de familias hondureñas. Todos estos elementos se combinan para hacer de Honduras uno de los países con mayor porcentaje de población en condición de pobreza en el mundo.

Con un escenario como ese ¿dónde encontramos esperanza? ¿Qué es lo que mantiene a este pueblo vivo y con ánimos de seguir soñando con una patria para todas y todos?

PRIMERO, COVID

El comienzo de la pandemia fue un tiempo caracterizado por el miedo y la desconfianza. Todos desconfiábamos de todos y el miedo se apoderó de la mayoría de nosotros. Las casas se convirtieron en nuestras jaulas. Muchos hogares se convirtieron en zonas de alta peligrosidad para mujeres, niñas y niños. Otros sin embargo, fueron espacios de crecimiento, de convivencia y de replantear el sentido de la vida.

La pandemia nos mostró el rostro más temible del egocentrismo despiadado de quienes tienen el control del país. Cada muerte tiene el sello de la codicia de una clase política-empresarial corrupta y oportunista, ávida de poder. Los actos de corrupción que se cometieron han superado los cometidos en otros tiempos. El saqueo y despilfarro de los recursos del pueblo llevó a la muerte a miles de personas. Los voceros del régimen se dedicaban a dar cifras manipuladas de personas contagiadas o fallecidas. Mientras la población moría en hospitales carentes de lo adecuado para atender la emergencia sanitaria.

La pandemia nos mostró la importancia del autocuidado y la responsabilidad que cada persona tiene consigo misma en la preservación de la vida. Es mucho más claro que nunca. Sí, tuvimos que cuidarnos, pero también había que trascender el miedo. El miedo bajaba las defensas de nuestro cuerpo y nos desorganizaba, dejándonos más vulnerables a las atrocidades del régimen que nos condenaba a morir de hambre o del coronavirus.

El pueblo volvió a las calles a exigir sus derechos. Las mujeres de varias comunidades «cocinaron» casquillos de balas y de bombas lacrimógenas como un acto simbólico para desenmascarar las mentiras del gobierno, que daba balas y bombas a la población, en vez de medicinas y alimentos.

Lloramos pérdidas de personas queridas a las que no pudimos acompañar en sus lechos de enfermas, ni decir el último adiós en el cementerio. La desesperación nos tomó de la mano, mientras crecía la depresión colectiva. La ansiedad se instalaba en nuestras mentes y se hizo la oscuridad, no veíamos el camino. En cada paso tropezábamos con policías y militares dispuestos a agredirnos, se tropezaba con el desempleo, con la quiebra de los negocios pequeños, con los despidos, con el hambre, con la muerte.

La cuarentena nos dio el espacio para sentir el cansancio de una lucha que parece no avanzar; sentir lo pesado del yugo que cargamos, una dictadura despiadada, corrupta y criminal. Espacio para el lamento, el llanto a solas por nuestras pérdidas, por nuestra rabia por lo que quisiéramos que fuera y no es.

Sentimos lo que sentimos y comenzamos a nombrarlo. Nos juntamos virtualmente para poner nombre a esos sentimientos y emociones. Los acuerpamientos colectivos se hicieron parte del nuevo momento y vimos oportunidades para sanar nuestro corazón, oportunidad de repensar nuestra existencia y nuestra lucha.

Y LUEGO LLEGARON LAS TORMENTAS

Estábamos saliendo del miedo a morir del coronavirus, cuando nos llagan los huracanes Eta e Iota.

La vida, nos pone una y otra vez en el umbral de la vida y la muerte como condición de trascender la búsqueda del sentido de la existencia. Lo cierto es que no creímos que este fenómeno iba a tener el impacto que tuvo. La voz oficial del Estado, tampoco dio importancia a lo que venía, muchas familias en zonas de riesgo esperaron hasta el último momento para salir de sus hogares. El gobierno no tenía ningún plan de contingencia por lo que no se sabía hacia donde movernos.

Nuestras comunidades fueron cubiertas por agua y lodo, pero no fue la lluvia lo que nos inundó, fue la negligencia de un gobierno genocida. Abrieron las compuertas del Cajón (Central Hidroeléctrica Francisco Morazán). Sin tomar las medidas de seguridad para las comunidades, abrieron las

compuertas del cajón y nos abandonaron a nuestra suerte.

La consigna «Solo el Pueblo Salva al Pueblo», se puede oír en cada lugar. Nos convertimos en cuidador del otro. Los actos de heroísmo son hermosos, la ternura compartida, la solidaridad, la disponibilidad de dar la vida por ese otro/a, nos hace mirar la luz al final del túnel. Ese es el camino, el abrir el corazón al otro, el mirarme en esa persona que viene angustiada y agobiada por la inmensidad del desastre. Hemos sido parte de la más sublime danza de las mil manos de la compasión. Los que dieron albergue, alimentos, los que llegaron a rescatar, las que te cargaron en sus brazos para ponerte a salvo, la que te dio un dulce para mitigar la amargura del momento.

Eta nos sorprendió sin estar listas para entrar nuevamente en el límite entre la vida y la muerte. Eta nos dio la oportunidad de sumirnos en la más profunda oscuridad, contemplar cómo lo superfluo flota en el sin sentido de una existencia que está atrapada en el deseo del tener, en el nada es suficiente para calmar el hambre de poder, raíz de toda violencia.

Mientras el agua cubría todo y no había más opción que permanecer contemplando la posibilidad incierta entre el vivir o morir. En ese sublime momento, nada estaba dicho y todo lo estaba, porque el corazón hablaba. En el silencio, en la oscuridad, en el no pensamiento, se mostraba como un murmullo, al que ya no se podía resistir, la aceptación de la realidad, sin lamento, sin culpa, sin enojo, sin rabia, solo agradecimiento.

Obscuridad y luz, día y noche, bueno y malo, vida y muerte, ¿Acaso no proceden de la misma fuente?

Mientras la luz se abría paso a través de una lámina levantada, unas manos solidarias se extendían para acuerparnos, entonces entendimos, no con la mente sino con el corazón, que solo el amor salva, que solo el amor libera. Entendimos que podemos perderlo todo, pero si conservamos la conexión con nuestro ser esencial, habremos ganado todo.

Me miro, te miro pueblo mío, me miro en tus ojos solidarios, me amo en tus manos de compasión, encuentro mil razones para vivir en la negación tu vida. Tu infierno es posibilidad de trascendencia, de transformación, de germinación de nueva vida.



Nelly Del Cid es una asociada de la Misericordia y la directora de Casa Corazón de la Misericordia, un orfanato en San Pedro Sula, Honduras. Ella estuvo atrapada brevemente por las aguas durante los huracanes el año pasado. Le pueden escribir a nelly.delcid@gmail.com.